

llamar su atención hacia el lago; pero para ejecutar con buen éxito el plan convenido por el lado de la mar, hubiera sido menester una precisión difícil de lograr maniobrando de noche, y más difícil aún si no había un jefe único para dirigir los movimientos y calcular con exactitud el tiempo y las distancias.

La división de Lanusse, maniobrando en la obscuridad, avanzó sin orden tropezando muy á menudo con nuestras tropas del centro. La primera columna, mandada por el general Silly, marchó resueltamente al reducto situado delante del campamento romano; dirigíala Lanusse en persona y la encaminó con todo acierto; pero advirtió de repente que la segunda columna erraba el camino, y en vez de tomar la vera de la mar para asaltar el campamento romano iba á rozarse con la primera: corrió hacia ella para darle otra dirección, y desgraciadamente cayó herido mortalmente en un muslo; acontecimiento funesto que iba á producir muy deplorables consecuencias. Privadas tan de súbito las tropas de aquel denodado jefe, aflojó un tanto el ataque; el día empezaba á despuntar, y los ingleses á ver dónde debían dirigir sus golpes. Nuestros soldados, cercados á un tiempo por los fuegos de las lanchas cañoneras del campamento romano y de los reductos, hicieron alarde de una constancia admirable; pero quedando en breve fuera de combate todos sus jefes superiores, se vieron sin dirección y se replegaron detrás de unas alturas de arena apenas bastantes para cubrirlos. Entretanto la primera columna que dejó Lanusse para acudir á la segunda, había tomado por asalto la primera estrella del reducto, situada á la derecha de una eminencia; marchó luego directamente al cuerpo de la fortificación, pero salió escarmentada en su ataque por el frente y se desvió para atacar por el flanco. El centro del ejército que dirigía Rampón, viendo el apuro en que se hallaba aquella columna, se desvió también de su objeto para auxiliarla; la media brigada 32.<sup>a</sup>, destacada del centro, fué á asaltar el fatal reducto, y este conjunto de esfuerzos produjo una especie de confusión. Empeñáronse nuestras tropas contra este obstáculo, y la operación que debió en un principio reducirse á asaltar de pasada la línea de fortificaciones, se trocó en un ataque prolongado y pertinaz que nos hizo perder un tiempo precioso. Sólo la media brigada 51.<sup>a</sup>, que pertenecía al centro, dejando á la 32.<sup>a</sup> empeñada delante del reducto disputado con tanto encarnizamiento, ejecutó el plan proyectado, traspasó la línea de las trincheras, y fué arrojadamente á desplegarse frente por frente al ejército inglés. Hizo y recibió un fuego espantoso, pero era preciso acudir á sostenerla, y Menou en aquellos momentos, incapaz de tomar disposición alguna, se paseaba por el campo de batalla sin dar órdenes, y dejando á Reynier tenderse inútilmente por la derecha en la llanura con una fuerza considerable que quedó sin empleo.

Aconsejaron entonces á Menou que diese con la caballería, que juntaba mil doscientos jinetes de incomparable denuedo, una carga impetuosa contra la masa de la infantería inglesa, con la cual se estaba batiendo sola la media brigada 21.<sup>a</sup>, y siguiendo el consejo dió orden de cargar. El valiente general Roize se pone al punto á la cabeza de los mil doscientos caballos, atraviesa velozmente el matadero que formaban por derecha é izquierda los reductos que nuestra infantería ata-

caba en vano, desemboca al otro lado, encuentra á la media brigada 21.<sup>a</sup> empeñada con los ingleses, y cae impetuosamente sobre ellos. Aquella caballería heroica salta primeramente un foso que la separaba del enemigo, cierra después con furor con la primera línea de la infantería inglesa, la rompe, la hace pedazos y pasa á cuchillo á un gran número de infantes, obligándola á cejar. Si en aquel momento Menou, ó el mismo Reynier haciendo las veces de su jefe, hubiese conducido nuestra ala derecha á sostener á nuestra caballería, el centro del ejército inglés, repelido al otro lado de las fortificaciones, nos hubiera dejado una victoria segura. Aquellas construcciones aisladas y privadas de todo apoyo hubieran caído en nuestras manos; pero no sucedió así: la caballería francesa, después de haber vencido la primera línea enemiga, viendo que aún le quedaban otras líneas que vencer, y no teniendo más apoyo que la media brigada 31.<sup>a</sup>, volvió atrás, sufriendo otra vez las descargas mortíferas de los reductos.

En semejante estado la batalla no podía producir resultado ninguno favorable para nosotros. La izquierda, decaída de ánimo desde la muerte de su general, hacía descargas inútiles contra las posiciones fortificadas, que se las devolvían más nutridas y peligrosas; la derecha, tendida en la llanura junto al lago Mareotis para hacer una diversión que dejó de tener objeto desde que haciéndose general el combate quedó cada cual fijo en su posición, no prestaba ya el menor servicio. Tal vez un general decidido hubiera podido cambiar con ella la suerte de la batalla haciéndola replegarse sobre el centro, y renovando con aquella fuerza el ataque del general Roize, intentado una nueva irrupción contra el grueso de los ingleses; pero el general Menou no mandaba, y Reynier, que en aquella ocasión hubiera podido tomar una iniciativa que tan á menudo solía atribuirse sin venir á cuento en los negocios civiles, se limitaba á dolerse de no recibir órdenes del general en jefe. En tal situación lo único que quedaba que hacer era retirarse; así lo dispuso Menou, y las divisiones se replegaron fingiendo buenos ánimos, pero sufriendo nuevas pérdidas con las descargas de las fortificaciones.

¡Oh triste espectáculo de la guerra, cuando la vida y la suerte de los Estados dependen de caudillos ineptos ó divididos entre sí, y cuando la sangre corre á medida de la ignorancia ó de la mala voluntad de los que mandan!

No podía en rigor decirse que la batalla estuviese perdida, no habiendo adelantado el enemigo un solo paso; pero estaba perdida en el mero hecho de no haberse ganado completamente, puesto que sólo de este modo podían ser los ingleses repelidos hacia Aboukir y precisados á embarcarse. Las pérdidas fueron grandes por ambas partes. De los ingleses quedaron cerca de dos mil fuera de combate, y entre ellos el valiente general Abercromby, que fué transportado moribundo á bordo de la escuadra. La pérdida de los franceses fué con corta diferencia igual, pues tuvieron que resistir un día entero un tiroteo nutrido y casi vertical, de frente y de costado. Las tropas mostraron una serenidad extraordinaria; el ímpetu de la caballería llenó á los ingleses de sorpresa y admiración. El número de oficiales y generales heridos en la refriega fué más que común; murieron los generales Lanusse y Roize; el general de briga-

da Silly, que mandaba una de las columnas de Lanusse, perdió una pierna; y el general Baudot recibió una herida que al punto se declaró mortal. El general Destaing fué gravemente maltratado; Rampón salió con su ropa llena de balazos.

El efecto moral fué aún más triste que la pérdida material en aquella jornada. No quedaba la menor esperanza de poder obligar al enemigo á volver á la mar, y á los ingleses desembarcados en Alejandría iban á reunirse en breve contra nuestras escasas tropas ya desalentadas los turcos procedentes de Siria, el capitán bajá que llegaba con la escuadra turca y se disponía á poner en tierra seis mil cipayos traídos de la India por el mar Rojo y próximos á aportar en Cosseir en las costas del alto Egipto. ¿Qué hacer ahora entre tantos enemigos con un ejército que, aunque nunca decayese su resistencia, estaba siempre dispuesto, así que se torcían los negocios de la colonia, á decir que la expedición había sido una gloriosa locura y que se le sacrificaba inútilmente á una pura quimera?

De los tres encuentros del 8, del 13 y del 20 de marzo habían resultado tres mil quinientos hombres fuera de combate, una tercera parte muertos, otra gravemente heridos, y otra incapaces de volver á las filas antes de pasar algunas semanas. Aunque el ejército hubiese quedado muy debilitado, aún se podía, como al principio de la campaña, maniobrar rápidamente entre los diversos cuerpos enemigos que tendían á reunirse, de rotar al visir si entraba por la Siria, al capitán bajá si intentaba penetrar por Roseta, y á los ingleses si trataban de marchar por las estrechas lenguas de tierra que comunican con el interior de Egipto. Pero la reciente pérdida de tres mil quinientos hombres hacía este plan más difícil que nunca. Si se dejaban tres mil en el Cairo y dos ó tres mil en Alejandría, apenas quedaban siete ú ocho mil para maniobrar en campo raso, suponiendo que se reuniesen todas las fuerzas disponibles, y que se desamparasen todos los puestos secundarios sin excepción alguna. El éxito, aunque posible, siempre hubiera sido incierto aun cuando dirigiese un general resuelto y entendido; pero ¿qué esperar de Menou y de sus lugartenientes?

No obstante, aún quedaba la débil esperanza de recibir un socorro anunciado todos los días; el de Ganteaume con sus naves y con las tropas de desembarco que conducía á su bordo. Cuatro mil hombres aportando en aquel momento hubieran podido salvar el Egipto. Habíase enviado al almirante un aviso para indicarle un punto de la costa de Africa á veinte ó treinta leguas al O. de Alejandría, que pudiera servirle de atracadero sin ser visto por los ingleses; esperábase que no lo echase en olvido, y en tal caso se podían dejar tres mil hombres en Alejandría, y reuniendo las fuerzas sobrantes del Cairo maniobrar con diez ú once mil hombres en campo raso.

Pero Ganteaume, aunque muy superior á Menou, no daba mayores muestras de capacidad que él en las circunstancias presentes. Después de haber reparado en Tolón las averías que sufrió al dejar á Brest, salió como hemos visto del mismo Tolón el 19 de marzo (28 ventoso), volvió á tomar el puerto otra vez por haber encañado el navío *Constitución*, y salió de nuevo el 22 de marzo (1.<sup>o</sup> germinal). En el momento actual hacíase á

la vela con rumbo hacia la Cerdeña; un viento favorable, una inspiración atrevida podía dirigirle hacia las playas de Egipto, ya que había evitado con tanta destreza el encuentro del almirante Warren falseando el rumbo. Estaba ya á unas quince leguas de Cabo Carbonara, punto extremo de la Cerdeña, próximo á entrar en el canal que separa la Sicilia del Africa, cuando desgraciadamente en la noche del 26 de marzo (5 germinal), uno de los capitanes que mandaba el *Diez de Agosto* en ausencia del capitán Bergeret, que estaba enfermo, cometió la torpeza de abordar al *Formidable*, causándose á sí mismo una avería de mucha consideración y otra no menor al navío abordado. Ganteaume, atemorizado con estos contratiempos, creyó no poder permanecer en la mar más tiempo, y volvió á entrar en Tolón el 5 de abril (15 germinal), quince días después de la batalla de Canope.

Ignorábanse estos pormenores en Egipto, y á pesar del tiempo transcurrido quedaba aún cierta vaga esperanza. No bien divisaban la más pequeña vela, corrían todos á inquirir si podría ser Ganteaume que llegase con su escuadra; en tal ansiedad no se tomaba partido ninguno, y se esperaba en una inacción funesta. Menou hacía tan sólo ejecutar algunas obras alrededor de Alejandría para resistir á los ingleses en caso de ataque; había dado orden para que se evacuase el alto Egipto y para que la brigada de Donzelot procedente de él se reuniese en el Cairo; llevó algunas tropas de Alejandría á Ramanieh para espiar los movimientos que se hacían hacia la parte de Roseta; para colmo de desgracia, Murad-Bey, que había dado pruebas de una fidelidad incontestable, acababa de morir de la peste y entregaba sus mamelucos á Osmán Bey, con el cual no podíamos ya contar. La peste empezaba á hacer estragos en el Cairo; todo iba, pues, de mal en peor, y caminaba al más funesto desenlace.

Los ingleses por su lado, temerosos del ejército que tenían al frente, á nada se arriesgaban; preferían proceder con lentitud y seguridad á maniobrar á la ventura; pero esperaban principalmente que sus aliados los turcos, de los cuales desconfiaban mucho, estuviesen en el caso de auxiliarlos. Un mes hacía que habían desembarcado sin acometer otra empresa más que la toma del fuerte de Aboukir, el cual se defendió denodadamente, pero tuvo que sucumbir bajo el fuego asolador de sus naves. Por último, hacia principios de abril (mediados de germinal) trataron de salir de su inacción y de aquella especie de estado de bloqueo á que vivían reducidos, y el coronel Spéncer recibió orden de atravesar por mar la rada de Aboukir con un cuerpo de unos mil ingleses y de los seis mil albaneses del capitán bajá, y de ir á desembarcar delante de Roseta. Su intención era abrirse de este modo una vía en lo interior del Delta, proporcionarse allí los víveres de que había menester y unirse con el visir, que avanzaba hacia el otro extremo del Delta por la frontera de Siria. No había en Roseta más que unos centenares de franceses que no pudiendo oponer la menor resistencia á esta tentativa se replegaron subiendo el Nilo. Reuniéronse en El-Aft, algo más allá de Ramanieh, con un pequeño cuerpo de tropas enviado de Alejandría y compuesto de la 21.<sup>a</sup> ligera y de una compañía de artillería. Los ingleses y los turcos, dueños de un desembocadero del Nilo por donde podían



recibir víveres, teniendo además acceso á lo interior del Egipto, trataron, por fin, de aprovecharse de sus ventajas, pero sin apresurarse demasiado, puesto que aún esperaron más de veinte días antes de emprender su marcha avanzando. Excelente era la ocasión que se presentaba para batirlos, y no la hubiera desperdiciado seguramente un enemigo perspicaz y resuelto. El general Hutchinson, sucesor de Abercromby, no se había atrevido á desgarnecer su campamento á vista de Alejandría; envió hacia Roseta unos seis mil ingleses con otros tantos turcos escasamente, á pesar de haber recibido refuerzos bastantes á cubrir todas sus pérdidas, haciendo subir á veinte mil hombres las fuerzas de que hubiera podido disponer.

Si el general Menou, empleando bien su tiempo y consagrando el mes transcurrido en hacer alrededor de Alejandría las obras de defensa indispensables, se hubiera proporcionado los medios de defender dicha plaza con una pequeña hueste; si hubiera dirigido sobre Ramanieh unos seis mil hombres, y llamado hacia este punto la fuerza que sobraba en el Cairo, hubiera podido oponer á los ingleses, que acababan de penetrar por Roseta, ocho ó nueve mil combatientes. Suficiente era este número para repelerlos hacia los desembocaderos del Nilo, para hacer recobrar los ánimos al ejército, asegurar la sumisión mal consolidada de los egipcios, entorpecer la marcha del visir, volver á poner á los ingleses en un verdadero estado de bloqueo en la playa de Alejandría y traer finalmente á nuestro lado á la fortuna. Esta fué la última proporción; aconsejaronle este movimiento; pero siempre meticuloso, sólo siguió á medias el consejo que se le había dado; envió á Ramanieh al general Valentín con un refuerzo, y declarado insuficiente envió otro con su jefe de estado mayor el general Lagrange; todas las fuerzas reunidas no pasaban de cuatro mil hombres. Pero no hizo bajar las tropas del Cairo, y el general Lagrange, que era por otra parte un buen oficial, no era, sin embargo, hombre capaz de sostenerse con semejantes medios contra seis mil ingleses y otros seis mil turcos; hubiera debido Menou reunir allí ocho mil hombres por lo menos con su mejor general: pudo hacerlo reconcentrando mucho sus fuerzas y sacrificando en todas partes lo accesorio á lo principal.

El general Morand, que mandaba el primer destacamento dirigido sobre Roseta, se había establecido en El-Aft á orillas del Nilo, cerca de la ciudad de Fouéh, en una posición que ofrecía ciertas ventajas defensivas. Allí fué á reunirse el general Lagrange. Los ingleses y los turcos, dueños de Roseta y de la embocadura del Nilo, habían cubierto el río de chalupas cañoneras, y en breve asaltaron la pequeña ciudad indefensa de Fouéh; fué preciso, pues, replegarse sobre Ramanieh la noche del 8 de mayo (18 floreal). La posición de Ramanieh no presentaba grandes ventajas defensivas, y apenas podía compensarse con los recursos del lugar la superioridad numérica del enemigo. No obstante, si en algún punto hubiera sido preciso oponer una resistencia desesperada, el de Ramanieh hubiera sido el más á propósito, porque perdida esta posición, el cuerpo destacado del general Lagrange se veía separado de Alejandría, y precisado á replegarse sobre el Cairo. De este modo quedaba el ejército francés cortado en dos; la mitad redu-

cido á Alejandría, y la otra mitad al Cairo. Si estando todo él reunido no había podido disputar el terreno á los ingleses, era imposible que dividido en dos les opusiera una resistencia eficaz; en semejante caso no le podía quedar otro recurso más que el de firmar una capitulación. La pérdida de Ramanieh era, pues, la pérdida definitiva del Egipto. Escribió Menou al general Lagrange que iba á socorrerle con dos mil hombres, prueba de que podía por lo menos disponer de este número. Unos tres mil había en el Cairo; por consiguiente hubieran podido reunir hasta nueve mil, y ocho mil por lo menos en Ramanieh.

Entonces en campo raso, con una excelente caballería y una buena artillería volante, y con la resolución de vencer ó morir, podía ser el triunfo seguro; pero Menou no se presentó, y Belliard, que mandaba en el Cairo, no había recibido orden ninguna. El general Lagrange, al frente de los cuatro mil hombres que tenía, apoyaba sus espaldas en Ramanieh y en el Nilo, que baña en su curso los edificios de esta pequeña ciudad. En tal disposición, tenía á sus espaldas las lanchas cañoneras inglesas que ocupaban el río y lanzaban una granizada de balas sobre el campo francés; enfrente, en la llanura, sin más abrigo ni protección que algunas construcciones de campaña muy medianas, el grueso del enemigo, compuesto de turcos y de ingleses. Éstos eran casi triples en el número; el peligro era grande; no obstante, mejor era combatir, y si la suerte era contraria, entregarse prisioneros á la noche en el campo de batalla, después de haber luchado el día entero que abandonar semejante posición sin haberla disputado. Cuatro mil hombres de tropas como aquellas, bien decididos á defenderse, aún tenían probabilidades de triunfo; pero el jefe de estado mayor de Menou, aunque muy adicto á las ideas de su general y á la conservación de la colonia, no calculando el alcance de aquella retirada, desamparó á Ramanieh el 10 de mayo por la noche (20 floreal) para retirarse al Cairo. Llegó allí el 14 por la mañana (24 floreal); perdió en Ramanieh un convoy de inmenso valor, y lo que era aún más sensible, todos los partes y comunicaciones del ejército.

Desde aquel día nada ocurrió en Egipto digno de crítica ni de interés siquiera; al paso que menguó la fortuna menguó allí la dignidad de los hombres, y por todas partes se vió en breve la más vergonzosa debilidad, la incapacidad más deplorable. Al hablar de los hombres, sólo es nuestro intento designar á los jefes, porque los simples oficiales y los soldados siempre heroicos al frente del enemigo, estuvieron en todo momento dispuestos á morir hasta no quedar uno solo; ni una vez siquiera se les vió desmentir su antigua reputación y bien merecida gloria.

Así en el Cairo como en Alejandría, lo único que quedaba que hacer era capitular; demorar la capitulación era cuanto mérito podía contraerse. Pero retrasar este triste fin no es asunto en verdad de poca monta; parece por de pronto que sólo se salva el honor, y á veces se salva realmente al país; Massena, prolongando la defensa de Génova, dió lugar á la victoria de Marengo; los generales que ocupaban el Cairo y Alejandría, persistiendo en una resistencia desesperada, podían coadyuvar muy útilmente á las graves negociaciones de Francia con Inglaterra. No lo sabían, es

cierto, y he aquí por qué aun ignorando los servicios que se pueden prestar prolongando una defensa, es preciso escuchar la voz del honor que manda resistirse hasta el último extremo. El más desgraciado de aquellos dos generales bloqueados, que era Menou, puesto que él era quien había cometido más yerros, fué también útil, según vamos á ver, á los intereses de Francia, obstinándose en retrasar la rendición de Alejandría. Aquél fué más adelante su consuelo y su disculpa ante el primer cónsul.

Así que volvieron á entrar en el Cairo las tropas destacadas en Ramanieh, se hubo de deliberar sobre la conducta que había de seguirse. El general Belliard era por su graduación el que mandaba en jefe; era hombre de talento perspicaz, pero de más perspicacia que resolución. Convocó un consejo de guerra; quedaban aún siete mil hombres de tropas, además cinco ó seis mil individuos, enfermos, heridos y empleados del ejército; la peste hacía estragos, carecía de dinero y de víveres y había que defender una ciudad de inmenso circuito. Para guarnecerla apenas bastaban siete mil hombres; la muralla no había sido construída en parte alguna para resistir el arte de los ingenieros europeos; la ciudadela en verdad presentaba un reduto, pero insuficiente para contener doce mil franceses y harto débil contra la gruesa artillería de los ingleses. Semejante puesto únicamente podía servir de amparo contra el populacho del Cairo. Sólo quedaban aparentemente dos partidos que tomar: ó tratar por medio de una marcha atrevida de descender al bajo Egipto, sorprender el paso del Nilo y reunirse con Menou hacia Alejandría, ó bien retirarse á Damietta, lo que era más seguro y más fácil sobre todo por la muchedumbre que era indispensable llevar tras sí. Era preciso llegar á unas grandes lagunas que sólo comunican con el Delta por medio de lenguas de tierra sumamente angostas, y que siete mil soldados del ejército de Egipto eran bastantes á defender largo tiempo contra un enemigo dos ó tres veces mayor. Había seguridad de vivir en la más completa abundancia de toda clase de artículos, porque la provincia estaba llena de ganados, la ciudad de Damietta llena de granos, y el lago de Menzaleh abundaba en excelentes pescados muy á propósito para alimento de las tropas. No tratándose ya más que de capitular, Damietta ofrecía el modo de retrasar seis meses por lo menos este triste resultado. El oficial de ingenieros Hautpoul propuso esta prudente resolución, pero para seguirla había que tomar un partido dificultoso, que era evacuar el Cairo. El general Belliard, que algunos días después fué capaz de entregar esta ciudad á los enemigos con una deplorable capitulación, no lo fué aquel día de evacuarla voluntariamente en virtud de una resolución militar enérgica y acertada; decidióse á permanecer en aquella capital del Egipto sin saber lo que iba á hacer allí. Los ingleses y los turcos subían de Ramanieh al Cairo por la orilla izquierda del Nilo; por la orilla derecha, procedente del lado de la Siria, se adelantaba el gran visir sobre el Cairo también y por el camino de Belbeis, seguido de veinticinco á treinta mil hombres, reliquias reunidas de malas tropas orientales. El general Belliard, recordando los trofeos de Heliópolis, quiso salirle al encuentro por el mismo camino que había seguido Kléber. Marchó á la cabeza de seis

mil hombres, y subió hasta la altura de Elmenair, es decir, como unas dos jornadas. Envuelto á menudo por nubes de jinetes, enviaba en pos su artillería volante, que á veces hacía en ellos algún estrago con sus tiros; pero este fué todo el resultado que obtuvo. Los turcos, ahora bien dirigidos, no querían aceptar la batalla como en Heliópolis; sólo había un medio de trabarse con ellos, que era ir á apoderarse de su campamento de Belbeis; pero el general Belliard, recibido con descargas de fusilería en todos los pueblos adonde llegaba, veía aumentar á cada paso el número de sus heridos, y las dificultades que le separaban del Cairo. Temió que los ingleses y los turcos le entrasen en su ausencia. Hubiera sido preciso prever este peligro antes de emprender la salida y averiguar entonces si había tiempo para atravesar la distancia de Belbeis; pero lo mismo que salió del Cairo sin saber lo que iba á hacer, volvió á entrar en sus muros el general Belliard después de una operación sin resultado que le hizo pasar por vencido á los ojos de toda la población.

A imitación de los pueblos recientemente sojuzgados, los egipcios se mudaban con la fortuna, y aunque no estaban descontentos de los franceses, se disponían á abandonarlos. Sin embargo, no había insurrecciones que temer, á menos que se condenase á la ciudad del Cairo á los horrores de un asedio.

El ejército francés, descontento por las humillaciones á que le exponía la incapacidad de los generales, había vuelto completamente á las ideas que produjeron el convenio de El-Arisch. Consolábase de sus padecimientos pensando en su regreso á Francia. Si un general entendido y resuelto le hubiera dado el ejemplo que dió á la guarnición de Génova Massena, le hubiera sin duda alguna seguido; pero no había que esperar nada semejante del general Belliard. Estrechado en la orilla izquierda del Nilo por el ejército anglo-turco procedente de Ramanieh, y por la orilla derecha por el gran visir que le había ido siguiendo paso á paso, ofreció al enemigo una suspensión de armas que aceptó éste con premura por cuanto los ingleses atendían más en la presente situación á la utilidad que á la gloria. Lo que anhelaban sobre todo era la evacuación del Egipto por cualquier medio que fuese. El general Belliard reunió un consejo de guerra, en cuyo seno se suscitó una discusión vivamente acalorada: formuláronse grandes quejas contra aquel comandante de la división del Cairo: decíasele que no había sabido ni abandonar el Cairo á tiempo para ir á tomar posesión en Damietta, ni mantenerse en aquella capital del Egipto con operaciones bien concertadas; que lo único que se le había ocurrido hacer había sido una salida ridícula para dar batalla al gran visir, sin conseguir siquiera alcanzarle, y que ahora por no saber en qué ocuparse venía á preguntar á sus oficiales si convenía negociar ó dejarse pasar á cuchillo, habiendo ya resuelto por sí y ante sí el caso con que entablar espontáneamente negociaciones. Dirigióronsele todas estas inculpaciones con bastante acrimonia, especialmente por parte del general Lagrange, amigo de Menou y partidario acérrimo de la conservación del Egipto. Uniéronse con éste los generales Valentín, Duranteau y Dupás sosteniendo con calor los tres que era absolutamente preciso el combatir por el honor de la bandera.



Desgraciadamente no podía esto verificarse ya sin crueldad con el ejército, y sin crueldad sobre todo con la multitud de enfermos y de empleados que les seguía. Los enemigos eran más de cuarenta mil, sin contar á los cipayos que desembarcados en Cosseir iban á bajar el Nilo con los mamelucos, ya infieles desde la muerte de Murad-Bey. Teníamos á la espalda una población semibárbara de trescientas mil almas, apesada, amagada por el hambre y dispuesta hoy á levantarse contra los franceses. El recinto que había que defender era demasiado extenso para poderlo guarnecer con siete mil hombres, y demasiado débil para oponer resistencia á las artes de los ingenieros europeos; así que corríamos peligro de caer en manos del enemigo en un solo asalto, y perecer degollados todos los individuos de la colonia. En vano levantaban algunos valientes oficiales el grito del honor indignado; no había más recurso que rendirse. El general Belliard, queriendo mostrarse dispuesto á todo, hizo deliberar nuevamente sobre sí convendría retirarse á Damietta, cuestión de todo punto tardía, y sobre otra no menos extraña, á saber: si sería prudente retirarse al alto Egipto. Este último partido era insensato, y revelaba los mezquinos recursos del débil que trata de ocultar su bochorno bajo una falsa apariencia de temeridad. Resolvióse, pues, la capitulación; no podía hacerse otra cosa, á menos de querer perecer todos degollados en un ataque á viva fuerza.

Enviáronse emisarios al campo inglés y turco para negociar una capitulación; aceptaron los generales enemigos esta proposición con verdadero júbilo; tanto era lo que aún temían un cambio de fortuna. Accedieron á las condiciones más ventajosas para el ejército: convínose en que éste se retiraría con los honores de la guerra, con armas y bagajes, artillería y caballería; y en fin, con todo lo que poseía, que sería transportado á Francia y mantenido durante la travesía á expensas de Inglaterra. Los egipcios que quisieran seguir al ejército (pues no dejaba de haber algunos comprometidos por sus relaciones con los franceses) quedaban autorizados para unirse á él, y tenían además la libre facultad de enajenar sus bienes.

Firmóse esta capitulación el 27 de junio de 1801, y se ratificó el 28 (8 y 9 mesidor del año IX). Grande humillación sufrió el orgullo de los veteranos de Egipto y de Italia; iban á volver á entrar en Francia, no como en 1798 después de los triunfos de Castiglione, Arcola y Rívoli, envanecidos con su gloria y con los servicios prestados á la república, sino vencidos; pero regresaban á sus lares, y para sus corazones lacerados con tan largo destierro había en aquella idea un placer involuntario que embotaba en su corazón el aguijón de los reveses sufridos. Sentían en lo profundo de sus almas una satisfacción que sin comunicársela se revelaba en sus semblantes. Sólo los caudillos se mostraban pesarosos y pensaban en el fallo que daría el primer cónsul acerca de su conducta. Los partes con que acompañaban la capitulación llevaban el sello de la ansiedad más humillante; para llevarlos eligiéronse los que por sus actos personales estaban más exentos de todo reproche: fueron éstos el oficial de ingenieros Hautpoul y el director de artillería de Champy, que tantos servicios prestaron á la colonia.

Menou estaba encerrado en Alejandría, y lo mismo

que Belliard, no tenía más recurso que rendirse; entre ambos sólo podía mediar una mera diferencia de tiempo. La peste hacía en aquella ciudad algunas víctimas, y los víveres escaseaban por causa del error que se había cometido de no hacer provisiones para el asedio. Verdad es que las caravanas árabes, atraídas por el lucro, seguían aún conduciendo á la población carnes, leche y algún grano; pero no había trigo y era preciso mezclar arroz en el pan. El escorbuto mermaba cada día el número de los que eran aptos para el servicio. Para dejar completamente incomunicada la plaza, imaginaron los ingleses transvasar el lago de Madieh en el lago Mareotis medio desecado, y rodear de este modo de agua á Alejandría, estableciendo á su alrededor como un cinto de chalupas cañoneras. Practicaron al efecto una cortadura en el dique que va de Alejandría á Ramanieh y que forma la separación de los dos lagos; pero como la diferencia de nivel no era más que de nueve pies, la transfusión de las aguas de uno á otro lago se verificaba con lentitud, y además la operación, que hubiera sido excelente para separar al general Belliard del general Menou, ya no era de la misma utilidad después de los acontecimientos del Cairo. Si por una parte extendía y propagaba la acción de las chalupas cañoneras, por otra ofrecía á los franceses la ventaja de estrechar el frente de ataque sin privarles siquiera de sus comunicaciones con las caravanas, puesto que la extensa playa de arena en que está situada Alejandría comunica por su extremidad occidental con el desierto de Libia. Por esta razón querían los ingleses establecer cuanto antes la incomunicación de la plaza, y á este efecto embarcaron tropas en sus chalupas, y hacia mediados de agosto (fin de termidor), fueron á ejecutar un desembarco no lejos de la torre del Marabout. Empezaron también el sitio en regla del fuerte que lleva este mismo nombre, y aislada de este modo la plaza, no podía tardar en rendirse.

El malaventurado Menou, reducido á la inacción, condenado en sus ocios á meditar sobre sus yerros, acosado por la reprobación universal, hallaba, sin embargo, consuelo en la idea de una resistencia heroica por el estilo de la de Massena en Génova. Así lo escribía al primer cónsul, anunciándole al mismo tiempo una defensa memorable. Los generales Damas y Reynier habían quedado sin tropas en Alejandría; expresaban su resentimiento con un lenguaje indecoroso, y momentos hubo en que tomaron cierta actitud un tanto rebelde; pero Menou los mandó arrestar una noche con ruido y escándalo, y dispuso su embarco para Francia. Este acto de vigor, tardío é intempestivo, produjo poco efecto; el ejército, dotado de buen seso, tachaba severamente á Reynier y á Damas, pero no disculpaba á Menou; todo lo que podía hacer en su favor era no aborrecerle. Escuchando con frialdad sus proclamas, en que anunciaba su resolución de morir antes que rendirse, estaba dispuesto á pelear hasta perecer si fuera necesario; pero ya no creía que pudiera llegar este caso. Comprendía demasiado bien las consecuencias de lo ocurrido en el Cairo para no entrever una capitulación cercana, y así en Alejandría como en el Cairo se consolaba de sus reveses con la esperanza de volver en breve á ver el suelo de Francia.

Desde este momento no volvió á ocurrir cosa impor-

tante que hiciese memorable la permanencia de los franceses en Egipto, y la expedición quedó por decirlo así terminada. Admirada ésta por unos como un prodigio de audacia y de habilidad, otros por el contrario la han considerado como una deslumbradora quimera, y más especialmente los que afectan pesar todas las cosas en la balanza de la severa razón. Este último juicio, con todas sus apariencias de rectitud, es en el fondo poco sensato y asaz injusto.

Napoleón en su larga y prodigiosa carrera no imaginó cosa más grande ni que pudiera ser más verdaderamente útil. Cierta que, al pensar que no hemos conservado siquiera el Rhin y los Alpes, parece que hay sobrado fundamento para suponer que aunque hubiéramos ocupado quince años el Egipto, lo hubiéramos por fin perdido, como perdimos nuestras fronteras continentales y aquella antigua y hermosa posesión de la isla de Francia que no debimos á las guerras de la revolución. Pero según este modo de juzgar de las cosas, podría llegarse hasta el punto de poner en duda si la misma conquista de la línea del Rhin no era una locura y una quimera. Para juzgar maduramente semejante cuestión, es preciso suponer por un momento que nuestras prolongadas guerras tuvieron un término distinto del que realmente tuvieron, y ver si en semejante caso la posesión de Egipto era posible, deseable y de grandes consecuencias.

Planteadas así la cuestión, la respuesta no podría ser dudosa. Primeramente la Inglaterra estaba en 1801 casi resignada á concedernos el Egipto mediando una compensación; esta compensación, que se había puesto en conocimiento de nuestro negociador, nada tenía de exorbitante. No hay duda de que durante la paz marítima que se siguió, y cuya conclusión daremos á conocer en breve, el primer cónsul, previendo la estabilidad de dicha paz, hubiera enviado á las Bocas del Nilo inmensos recursos en hombres y en material, y que el arrogante ejército enviado á Santo Domingo, donde fuimos á buscar una indemnización del Egipto perdido, hubiera puesto por largo tiempo á nuestro nuevo establecimiento al abrigo de toda tentativa. Un general como Decaén ó Saint-Cyr, que reuniese el arte de administrar á la experiencia de la guerra y que tuviese además de los veintidós mil hombres que quedaban en Egipto de la primera expedición los treinta mil que

pericieron inútilmente en Santo Domingo, con cincuenta mil franceses y un material inmenso en un clima sano bajo todos aspectos, en un suelo de una fertilidad inagotable, cultivado por labriegos sometidos á toda clase de dueños, en quienes jamás se vió el fusil al lado de la esteva; un general, repito, como Decaén ó Saint-Cyr, hubiera podido con tales medios defender victoriosamente el Egipto y fundar en él una gran colonia.

El triunfo era sin duda alguna posible, y aún añadiríamos que, con la lucha marítima y comercial que sostenían entre sí la Francia y la Inglaterra, la tentativa era en cierto modo necesaria. La Inglaterra, en efecto, acababa de conquistar el continente de las Indias, y de atribuirse de este modo la supremacía en los mares del Oriente. ¿Podía la Francia, rival suya hasta entonces, ceder sin disputársela semejante supremacía? ¿No exigían su gloria y sus destinos que aceptase la lucha? Los políticos no pueden responder á esto de distinto modo que los patriotas: sí, era preciso que intentase el combate en aquellas regiones de Oriente, vasto campo de la ambición de los pueblos marítimos, y que procurase hacer en ellas una adquisición que sirviese de contrapeso á las de los ingleses. Admitida esta verdad, recórrase el globo, y dígasenos si podía haber una adquisición mejor adaptada que el Egipto al objeto propuesto. Este territorio reunía en sí todo el valor de las más bellas regiones; lindaba con las más ricas, con las más fecundas, con las que suministraban materia más amplia para un comercio lejano. Por él se hacía con el Mediterráneo, que era nuestro á la sazón, el tráfico de Oriente; era en suma un equivalente de la India, y en todo caso podía servirle de vía. Era, pues, la conquista del Egipto un servicio inmenso para la Francia, para la independencia de los mares y para la civilización general, por lo cual no es extraño que, como veremos en alguna ocasión, nuestro triunfo fuese más de una vez deseado en Europa en esos cortos intervalos en que no turbaba la animosidad el buen seso de los gabinetes. Para lograr tan grande objeto justo era arriesgar y perder un ejército, y no sólo el que se envió la primera vez á Egipto, sino los que se enviaron después á perecer inútilmente en Santo Domingo, en las Calabrias y en España. ¡Plugiéase al cielo que en los arranques de su vasta imaginación no hubiese concebido Napoleón ninguna otra cosa más temeraria!